



TRADUCCIONES DE HORACIO.

DEL LIBRO PRIMERO:

ODA I. A MECENAS.

Mecenas, nieto de abuelos reyes,
Mi honra grata, refugio mío!
Hay quienes gozan cuando en su carro
Polvo de Olimpia ya recogieron,
Y si, evitando rozar la meta
Con rueda hirviente, la palma noble
Dioses los hace del mundo dueños.
A este le place que la Romana
Turba versátil por ensalzarle
Con tres doblados honores, pugne;
A quien guardara en la propia troje
Cuanto en las eras de Libia barren
Y que se paga de ir escardando
Las tierras caras de sus abuelos,
Ni con Atálicas opulencias

Harás que hienda la mar de Mirto
 En tabla Cipria pávido nauta.
 Si teme al ábrego sobre el mar de Içaro
 El mercadante, del pueblo suyo
 El ocio y campos elogia, y presto,
 A la pobreza rebelde siempre,
 Los quebrantados buques repone.
 Quien no desdeña Másico añejo.
 Ni gastar parte del útil día
 Bajo el madroño ya recostado
 O ya á la fuente de sacro arroyo.
 A muchos placen clarín y trompa
 Sonando juntos, tiendas y guerras,
 Que odian las madres. Queda al sereno
 Sin recordar á su tierna esposa
 El cazador, si los perros fieles
 Cierva avistaror, ó las rollizas
 Redes ha roto Marso javato.
 La hiedra premio de doctas frentes
 Así me mezele con altos dioses;
 El bosque helado y en leves danzas
 Ninfas y Sátiros me retiran
 Del pueblo, Euterpe, si no detiene
 Sus flautas, dadme sino rehuye
 Polimnia Sacra laúd Lesbiano.
 Si entre los líricos vates me cuentas,
 A las estrellas toca mi frente.

ODA II. A AUGUSTO.

Ya harto de nieve y de cruel granizo
 Mandó á la tierra el Padre, y, aflechando

Los templos ya con encendida diestra,
 A Roma dióle miedo,
 Miedo á las gentes de que no tornase
 Que lloró Pirra, el novedoso tiempo,
 Cuando Proteo á los excelsos montes
 Arreó la grey marina,
 Y dejó la onda peces en los olmos,
 De las palomas conocido asiento,
 Cuando el gamo nadó despavorido
 En el mar derramado.
 Vimos al rojo Tiber con sus ondas
 Presto revueltas de la orilla Etrusca
 Ir azotar del Rey los monumentos
 Y los templos de Vesta:
 A Ilia su esposa, que doliente clama,
 Venganza ofrece el mujeriego río,
 Y se desborda en la siniestra margen
 Contra el querer de Jove.
 Oirá la escasa juventud que el hierro
 Manchamos hoy, mas apto á la rüina
 Del serio Persa, y las civiles luchas
 De sus viciosos padres.
 Y ¿del imperio á contener la ruina
 Qué dios el pueblo invocará? ¿qué ruego
 Ablandará de las Vestales santas
 A Vesta ensordecida?
 Y ¿Jove á quién demandará el castigo
 De la maldad? Al cabo, te rogamos,
 Vengas, nublado el hombro alabastrino,
 Oh tú Apolo agorero,
 O Venus riente, en cuyo torno juegan
 La leve Chanza y el rapaz Cupido;
 O, padre Marte, si á tu pueblo miras
 Y nietos degradados,

Oh! ya te sacie tan eterna lucha,
 Tu que te agrudas de atersados yelmos
 Y del clamor y del ceñudo Marso,

Que á pie se baña en sangre.

O, si de joven tomas la figura,
 Y acá en el mundo vengador de César
 Quieres llamarte, mensajero alado,

Hijo de la alma Maya;

Tarde regreses al dichoso cielo,
 Y contento en el pueblo de Quirino
 No te arrebate por la culpa nuestra

El aura presurosa.

Aquí prefieras los gloriosos triunfos
 Y ser llamado soberano y padre:

Veda á los Medos cabalgar impunes,
 Gobernando tú, César.

ODA III. A LA NAVE EN QUE IBA
 VIRGILIO.

¡Así de Chipre la potente diosa,
 De Helena los hermanos, astro espléndido
 Y el Padre de los vientos te gobiernen,
 Sujetos todos, pero el Cauro libre,
 Oh nave que á tu seno confiado
 Nos debes á Virgilio! Ruego incólume
 De los confines Aticos le vuelvas,
 Y la mitad de mi alma me conserves.
 Roble tenía y bronce triplicado
 Del pecho en torno el que la nave frágil
 Al ponto atroz encomendó primero.
 Ni el Abrego temió precipitado,
 Que con los aquilones combatía,
 Las Hiadas tristes, ni el rabioso Noto

Que el cual mayor poner ó quitar quiere
 Borrascas ningún árbitro del Adria.
 ¡Qué grada (1) de la muerte aquel temía,
 Que con ojos enjutos los nadantes
 Monstruos y que la mar mirara hinchada
 Y los escollos del Epiro infames?
 En valde Dios prudente ha dividido
 La tierra con el líquido oceano,
 Si al cabo pasan las impías naves
 Los vados, que tocar nunca debieran.
 Resuelta á padecer la gente humana
 Se precipita á lo vedado ¡oh crimen!
 El audaz engendrado de Japeto
 Trajo á las gentes por maligno fraude
 El fuego; y tras el fuego sustraído
 Al etéreo palacio, sobre el mundo
 La amarillez y la falange nueva
 De fiebres incubaron, la tardía
 Antes necesidad de lueñe muerte
 Las gradas acertó de su camino. (2)

(1) Todos los intérpretes, que conozco, traducen el *gradum mortis* por *género de muerte*. No puedo conformarme con ellos, yo entreveo en esas palabras una metáfora de las que Horacio apenas insinúa á menudo: la vida no es sino descenso rápido hacia la muerte, y él que se confió á los mares por vez primera, no temió bajar á los últimos escalones de ese descenso y acercarse temerariamente á la muerte.

Favorece á esta inteligencia aquel pasaje de Juvenal. Sal. 12, v. 57:

*Ventris animam committere dolato
 Confisus ligno, digitis a morte remotus
 Quatuor aut septem*

Por eso traduje *grada de la muerte*, conservando el ser y modo de la metáfora, que creo descubrir.

(2) Aquí reaparece la metáfora de las gradas de la muerte.

Probó vacíos Dédalo los aires
 Con alas al humano denegadas;
 De Hércules el trabajo al Aqueronte
 Destrozó; nada es arduo á los mortales!
 Al cielo mismo estúpidos tendemos,
 Y no dejamos por la culpa nuestra
 Que ponga Jove el iracundo rayo.

ODA IV. A SEXTIO.

Ya la voz de Favonio y Primavera
 Al invierno desata encruelecido;
 Las naves secas ya de la ribera
 Las máquinas arrastran, ni escondido
 Goza el rebaño, ni el gañán al fuego;
 Ni el prado albea en cana escarcha ciego.

Las danzas guiando Venus se adelanta;
 Con las Ninfas los Gracias decorosas
 La tierra hieren con alterna planta,
 Ya la luna al caer, y las humosas
 Oficinas de Cíclopes Vulcano
 Mientras enciende á trabajar ufano.

Conviene atarnos la cabeza ungida
 Ya con verde arrayán y flores tiernas,
 Que produce la tierra desceñida,
 E inmolar en las selvas umbri-eternas
 A Fauno una cabeza del distrito,
 Ya le plazca cordera ó ya cabrito.

Con el pie mismo pálida la muerte
 Llama al tugurio que al real palacio,
 Sextio dichoso, que forzoso advierte
 De nuestra vida el reducido espacio
 Prohibe concebir larga esperanza
 De duradera y suave bienandanza.

La eterna noche y los mentados Manes
 Ya te habrán de apretar en el estrecho
 Plutonio alcázar, do por más afanes,
 Entrado apenas bajo el negro techo,
 Nunca rey sorteado del banquete
 El vino escanciarás con dulce brete.

ODA V. A PIRRA.

¡ Quiénes, oh Pirra, el delicado imberbe,
 Que empapado de esencias
 En retrete agradable
 Sobre mil rosas con amor te estrecha,
 Mientras por él sencilla en el aseo
 La rubia cabellera
 Te trenzas? ¡ Cuántas veces
 ¡ Ay! desdichado llorará sin tregua
 La fe perdida y los cambiados dioses,
 Cuando ya las inmensas
 Aguas, no acostumbrado,
 De negros vientos erizadas vea!
 ¡ Y él que ahora crédulo dorada
 Goza al verte y serena,
 Y encontrarte anhelosa
 Y siempre amable el inocente espera,
 Ignorante del aura engañadora! [1]

[1] He creído de fidelidad y elegancia conservar en la traducción la alegoría del mar aplicada á Pirra, cosa que han omitido otros traductores.

El *vacuum* no le entiendo como *libre* de otros "amantes" sino en el sentido de no harta, no saciada del amor del galán, de que se trata; y por consiguiente no hastiada, no desleñosa, sino todavía anhelante por su afecto.

¡ Miseros los que ciegas
 Tú, á los ruegos propicias,
 Con tus encantos! Mi retablo muestra
 Hoy adherido á la pared sagrada
 Que ya en votiva ofrenda
 Al dios del mar potente
 Húmeda veste le dejé suspensa.

ODA VIII. OH LIDIA TE LO RUEGO.....

Oh Lidia, te lo ruego
 Por cuantos dioses hay, ¡ por qué, confiesa,
 Del amor con el fuego
 En perder á Sibaris te das prisa?
 ¡ Por qué ya ha aborrecido
 De Marte el campo cuando muy paciente
 Del sol y el polvo ha sido?
 ¡ Por qué ya no cabalga airosamente
 Con sus iguales luego,
 Ni del Gálico potro en freno bravo
 Gobierna boca y fuego?
 ¡ Por qué teme tocar el Tiber flavo?
 ¡ Por qué más cauto evita
 Que viperina sangre ya el aceite?
 Ni las armas agita
 En los cárdenos brazos sin afeite,
 Del disco ennoblecido
 O dardo, que del término se pasa.
 ¡ Por qué se halla escondido
 Como el hijo de Tetis la marina,
 Dicen, por no ir valiente
 Haces á destruir de Ilión famosa,
 Cuando iba á ser presenta
 De Troya la ruina lacrimosa?

ODA XII. A AUGUSTO.

¡ Qué varón ó héroe con la lira, Clio,
 O aguda flauta celebrar intentas?
 ¡ Qué Dios de cuya juguetera imagen
 Nombre resuene
 O en las umbrosas faldas de Heliconia,
 O sobre el Pindo ó en el Hemo frío,
 Donde siguieron á elocuente Orfeo
 Rápidas selvas,
 Que demoraba con maternas artes
 Agua corriente, acelerados vientos.
 Blandó á guiar con las canoras cuerdas
 Robles oientes?
 ¡ Qué antes diré de las usadas loas
 Del Padre excelso, que á los dioses y
 (hombres
 Y al mundo rige con diversos tiempos,
 Mares y tierras?
 Nada se engendra superior al mismo,
 Ni hay nada igual, segundo ó semejante,
 Pero merece próximos honores
 Palas divina.
 Audaz en luchas no te callo, oh Baco;
 Ni á tí de fieras enemiga Virgen;
 Temible oh tú por la certera flecha,
 Feto celeste.
 A Hércules canto, á los mellizos hijos
 De Leda, el uno en cabalgar famoso,
 El otro púgil, y que en doble estrella
 Lucen al nauta;
 Y se recoge el agitado líquido
 De entre los sirtes y los vientos caen,
 Huyen las nubes, se recuesta al ponto

La onda si quieren.
 Dudo si luego á Rómulo, el reinado
 Quieto de Numa, ó las soberbias haces
 Ya de Tarquino ó de Catón memore
 Noble la muerte.

A los Escauros, Régulo y á Paulo
 De su alma grande pródigo, si vence
 El Penó; grato con Camena insigne
 Canto á Fabricio.

A este y á Curio de melena intonsa
 Llevó á las guerras y el útil á Camilo .
 Pobreza heróica, el heredado fundo
 Con aptos lares.

Crece como árbol con la edad oculto
 Marcelo en fama: y entre todas brilla
 La estrella Julia cual la luna entre otras
 Luces menores.

Padre custodio de la humana gente,
 Prole Saturnia, á tí los hados dieron
 Cuidar de César: César tu segundo,
 Reina tu Jove.

En justo triunfo traiga ya domados
 Ya á los Partos al Lacio amenazantes
 O ya sujetos Indios y Mogoles,
 Lindes de oriente;

Menor que tú con equidad el orbe
 Extenso rija: con tu carro grave
 Quiebra el Olimpo, y á los pocos castos
 Bosque fulminas.

ODA XIV. A LA REPUBLICA.

Oh nave, nave, la primer marea
 Al vasto mar te llevará de nuevo.

¿Qué intentas? ¡ay! fondea prontamente
 En el puerto abrigado.

¿No ves cómo rechina ya sin remos
 Tu costado? Tus mástiles heridos
 Del Abrego veloz y tus antenas
 Gimen funestamente.

Apenas puede la tajada quilla
 Ya resistir al punto más furioso
 Ya sin maromas: tu mugiente lino
 Está hecho girones.

Ni dioses tienes que invocar opresa
 Por la borrasca, aunque marino leño
 Tu alcurnia y nombre inútiles alegues,
 Noble hija de la selva;

Nada confia en las pintadas popas
 El marinero temeroso: ¡guarte!
 Que nada debes á los fieros vientos
 Sino ser su ludibrio;

Barco que ha poco me causaba tedio,
 Hoy cuidado y solícito deseo,
 Evita el mar sembrado de esas sirtes,
 Que amenazan tortuosas.

ODA XIX.

Ya la Madre cruel de los Cupidos
 Me manda y bronca la Licencia ufana
 Y el hijo de Semele la Tebana
 Volver á los amores despedidos,
 El resplandor me quema de Glicira
 Más que el mármol de Paros reluciente
 Y su grata esquivez me pone ardiente
 Y el rostro, en que resbala quien la mira.
 Venus, que á mí se precipita entera

Dejó su Chipre, ni que yo consiente
Cante al Escita, al Parto muy valiente
En el vuelto corcel, ni de amor fuera.

Verde césped, verbena misteriosa,
Incienso y vino añejo en copa orlada
Ponedme aquí, muchachos, que abrasada
La hostia, echaráse menos impetuosa.

ODA XXI. A DIANA Y APOLO

Tiernas doncellas, celebrad á Diana,
Vosotros niños al intonso Cintio,
Ellas, la que ama férvido el supremo

Jove, Latona,

A la que alegran los tendidos ríos,
La crín de bosques que el helado Algido
Encresta, ó bien del Erimanto y Crago

Negras las selvas.

Vosotros, niños, ensalza á Tempe
Patria de Delo con iguales loas
Y el hombro insigne por la aljaba, her-
(mana

Del alma lira.

Este del pueblo y soberano César
La guerra aparte lacrimosa, el hambre,
La peste, y la eche á Persas y Britanos
Por vuestro ruego.

ODA XXIX. A ICCIO.

Ya envidias de los Arabes
Las dichosas riquezas,
Iccio, y preparas bélicas fierezas
A los reyes invictos de Sabá.

Para el horrible Medo
Ya trabas las cadenas.
Y ¡cual la niña bárbara en sus penas,
Muerto su esposo, te podrá servir!
¡Qué palaciego mozo,
Ungida la melena,
Que Séricas saetas docto apena
Restira sobre el arco paternal,
Pondrás tú de copero!
¡Quién negará inclinados
Puedan los ríos verse remontados
A árduas cimas y el Tibre devolver,
Si tú, (¡ que prometiste!)
El Paneto excelente
Y academia comprados juntamente
Por arneses Iberos quieres dar!

DEL LIBRO SEGUNDO.

ODA I. A ASINIO POLION.

La discordia civil desque Metelo
Cónsul fué, causa y vicios de la guerra
Sus veces y el jugar de la Fortuna,
Las importantes ligas de los príncipes
Y aun no purificadas
Las armas de la patria en sangre untadas,
Obra plagada de resgosa suerte
Tú tratas y caminas por la lumbre
Bajo ceniza engañadora puesta.
Por un momento á los teatros falte
Ya la Musa severa,
Dulce Polión, de la tragedia fiera!

En tanto sólo nuestra historia trazas ;
 Y á tu alto encargo volverás entonces
 Con Cecropio coturno, del senado
 Tú insigne ayuda y de afligidos reos,
 Y á quien eterna gloria,
 En lauro dió Dalmática victoria.

Ya los oídos por ahora aturdes
 Con el minaz murmullo de los cuernos ;
 Suenan clarines ; y el brillar del arma,
 De los ginetes el aspecto torvo
 A corceles fugaces
 Ya ponen miedo entre revueltas haces.

A los grandes caudillos me parece
 De honroso polvo divisar cubiertos,
 Toda la tierra sometida al César,
 Menos el alma de Catón terrible.
 De tierra no vengada
 Huyeron impotentes en parvada

Los dioses todos del Afrano amigos ;
 Mas víctimas llevaron á Yugurta
 En los nietos de aquellos vencedores.
 ¡Qué campo no atestigua, fecundado
 Por la sangre latina,
 En sus sepuleros nuestra lucha indina ?

De la Hesperia ruina oyó el estruendo
 El Medo bronco. ¡Qué garganta ó río
 De la lúgubre riña está ignorante ?
 ¡Qué Daunias olas no tinó de rojo
 ¡Ay! la matanza fiera ?
 Y ¡falta nuestra sangre en que ribera ?

Mas no, Musa procaz, así, dejada
 La chanza, vuelvas á tratar los dones
 De la de Ceos funeraria Diosa :
 Y la uña de marfil á tu albo dedo

Calzada, en antro amigo
 De Venus, leve son busca conmigo.

ODA II. A C. SALUSTIO.

Crispo Salustio, es pálida la plata
 Que no abriga el uso moderado ;
 Oh enemigo de barras escondidas

En la avarienta tierra,
 En siglo extenso Proculeyo vive
 Por su paterno amor á sus hermanos ;
 Le alza con pluma, á ser tocada hurraña,
 La fama vividora.

Mas grande reinas si al espíritu ansioso
 Domeñas, que si á Gades la remota,
 Juntas con Libia y obedecen á uno
 Una y otra (artago.

Si bebiere el hidrópico se agrava,
 Ni la sed sacia, si no huyó las venas
 Del mal la causa y el humor acuoso
 Del cuerpo amarillento.

La virtud, disidente de la plebe,
 Feliz no cuenta á Fraates, que repuesto
 Fué en el trono de Ciro ; al pueblo enseña

A no usar voces falsas,
 Y su reino y diadema le regala
 Y el lauro propio al que con ojo recto
 Copiosos mire los montones de oro,
 Sea quien fuere.

ODA VIII. A BARINA.

Si acaso alguna vez hubiesen sido
 Tus perjuros, Barina, castigados :

Si alguno de tus dientes aperlados
 Se hubiese ennegrecido
 Por tus culpas pasadas
 O alguna de tus uñas sonrosadas,
 Te creyera; mas, votos á medida
 Que echas sobre tu pérfida cabeza,
 Más y más se abrillanta tu belleza
 De jóvenes querida:
 Y siempre te has mostrado
 Como su dulce y público cuidado.
 Sí, por el siglo de tu madre jura
 En vano y por el cielo y los nocturnos
 Astros del firmamento taciturnos
 Y por la corte pura
 De las deidades fuerte,
 Que exentas viven de la helada muerte.
 Sí, que la Venus, tu jurar mirando,
 Se ríe con las Ninfas candorosas,
 Y también, las saetas ardorosas
 Cupido en aguzando
 Con la mano manchada
 En piedra de amolar ensangrentada.
 A más que crece y para tí se cría
 La niñez, tu futura servidumbre,
 Y que aun no abandonan la techumbre
 De su señora impía
 Los esclavos primeros,
 A que amenazan tus desdenes fieros.
 Temen las madres por su tierno niño
 Y los sobrios ancianos, desdichadas
 Las doncellas también recién casadas,
 Ansiosas de cariño,
 No tu aura los detenga
 Y á sus dulces esposos entretenga.

ODA XI. A HIRPINO.

Que piense el belicoso
 Cántabro y que el Escita, Quinto amado,
 Deja de averiguar, del borrascoso
 Adriático á este lado,
 Y no tiembles confuso
 De una vida tan parca por el uso.
 Huye hacia atrás lijera
 La juventud con la apostura; y viene
 La vejez espantando seca y fiera
 Cuantos amores tiene
 Lascivos aquel dueño,
 Y del joven también el fácil sueño.
 Ni las flores mantienen
 El primor que las dió la primavera;
 Ni con la misma faz las lunas vienen
 A lucir en la esfera:
 ¿Por qué pues tu alma criada
 Traes en altos juicios fatigada?
 ¿Por qué no descuidados
 Al pie del alto plátano ó del pino,
 Con rosas los cabellos perfumados
 Y canos y con fino
 Nardo de Asiria untos,
 Recostados bebemos aquí juntos?
 Los cuidados voraces
 Disipa Baco. ¿Quién de vino ardiente
 Quiere enfriarme unas tazas muy capaces
 En esta agua corriente?
 ¿Quién á traer á Lide,
 Que se ha quedado en casa, se comide? (4)

(4) Tengo por desacertadas las interpretaciones que

Anda y dila consigo
Traiga la lira de marfil labrado,
Y el cabello se ate (que yo digo)
En un nudo, el cabello destrenzado,
Ligera, sin tardanza,
De las Lacedemonias á la usanza.

ODA XIV.

¡ Ah! que fugaces, Póstumo, Póstumo,
Corren los años y no demora
A la rugosa vejez que insta
Virtud sincera, ni á muerte indómita.
Ni ablanda á Pluto, duro á las lágrimas,
Diaria hecatombe si le haces triple,
Que ése á Gerionte, el de tres cuerpos,
Y á Ticio envuelve con onda triste,
En que debemos bogar ¡ ay! todos,
A los que nutre don de la tierra,
Ya sean reyes ó ya colonos,
Que ata en el mundo grave indigencia.
Vano es que falte muerte cruenta,
Del Adria ronco quebradas ondas,
Vano es el miedo de Austro dañino,
Que ofenda el cuerpo, mientras otoña.

se dan al *scortum devium*, todas traídas de muy lejos; opino que debe buscarse el sentido de esas palabras y su razón en el propio pasaje de la oda: por eso considerando que el *devium* (*de via, extra viam*) significa el que anda fuera de tal ó cual camino ó no sabe del sendero, que otro lleva, entiendo que Lide había quedado en casa sin saber donde andaba su amante y que este la buscaba.

Tal sentido me parece más obvio y natural.

Negro el Cocito de curso lánguido
Visitaremos, infame el género
De las Danaides, de Eolo al hijo,
Que lleva en pena trabajo eterno.

De dejar tienes la tierra y casa,
La dulce esposa; y de árboles sólo
Cuantos cultivas, al breve dueño
Sigue el perenne cipres odioso.

Y tu heredero más digno el céculo,
Con cien candados guardado, saque
Y el pavimento rocíe soberbio
Mejor que en cenas pontificales.

ODA XVI. A GROSFO.

Ocio el opreso en el potente Egeo
Pide á los dioses, cuando negra nube
Cierra la luna, ni á los nautas ciertos
Lucen los astros.

Ocio en la guerra furibunda Tracia,
Ocio los Medos de carcaj ornados,
Grosfo, descanso, que no compra el oro
Ni piedras finas.

Ni los tesoros ni el licitor del cónsul
Tristes tumultos de la mente apartan,
Ni á las que en torno á artesonados techos
Cuitas revuelan.

Feliz con poco vive quien del padre
Usa el salero en la sencilla mesa,
Que leves sueños ni el temor le roban
Ni la avaricia,

¡ A qué lanzamos tantas cosas lejos
En breve edad! ¡ A qué buscamos tierras

Que otro sol tibia? de su patria huyendo
 Quien de sí huye?
 Sube viciosa á las bronceadas naos
 La cuita, sigue al escuadrón ginete
 Más que los ciervos y que el Euro, echan-
 Nubes, ligera. (do)

Odie curar de lo futuro el alma,
 Grata en lo de hoy, y en moderada risa
 Temple lo amargo, que nada hay dicho
 De toda parte:

La pronta muerte arrebató al Aquiles,
 Larga á Titón la senectud consume,
 A mí quizá lo que te fué negado
 La Hora me ofrece:

Sículas vacas de tí en torno mugen
 Y greyes ciento, de cuadrigas yegua
 Tuya relincha: en múrice africano
 Ya reseñidas

Lanas te visten: la infalible Parca
 Un ténue soplo de la Musa griega,
 Campos estrechos y desprecio al vulgo
 Dióme por suerte.

DEL LIBRO TERCERO.

ODA II.

Que de la agria milicia en la crudeza
 Aprenda, amigos, el mancebo fuerte
 A sufrir la pobreza;
 Y ginete temible haga matanza
 En los feroces Partos con su lanza.

Viva al sereno en medio á sobresaltos,
 Y que la esposa del tirano adverso
 Desde los cubos altos
 De la muralla hóstil luego le mire
 Y con su adulta niña así suspire:
 “No suceda ¡ay! que en los combates rudo
 “Mi regio esposo á pelear provoque
 “A ese león sañudo,
 “A quien de guerrear la ira crüenta
 “Por enmedio de muertes aviolenta.”
 ¡Es dulce y decoroso dar la vida
 Por la patria! Del hombre fugitivo
 La muerte va en seguida;
 Ni de la imbele juventud perdona
 A la espalda y la corba bien temblona.
 (1) La virtud del desaire ignoradora

(1) Ya, como dicen los comentadores, porque en caso de vergonzoso desaire bástale al virtuoso su propia satisfacción y la repulsa no menoscaba su intrínseco valer, ó lo que yo más creo, porque generalmente la virtud no es desairada en este mundo sino goza de aprecio, esto es la virtud cívica muy estimada en los tiempos y patria de Horacio. Referir á la virtud en general lo que dice esta estrofa, equivale á dislocar de la primera parte de la oda todo lo siguiente: esta virtud tiene de ser la patriótica que es la recomendada en la estancia anterior y en cuyo caso el sentido será: “Puesto que la muerte no perdona al cobarde, vale más morir valerosamente por la patria. Esta virtud de luchar por la propia nación no es vista con desdén y se ve adornada de immaculados honores.

NEC SUMIT etc. Y hace pelear no en civiles guerras al plebeyo antojo sino por justísimas causas.

RECLUDENS etc. Ya se asentó que la virtud patriótica tiene por premio en la vida el aprecio de los buenos, ahora, después de la muerte es su merced la inmortalidad.